

I

Los dos se quedaron parados y observaron al niño, y él, un pequeño valiente que estaba cerca de su cuarto cumpleaños, sin saber que estaba siendo observado, golpeó a un gato grande, regañándolo por haber matado ratones. Al poco rato, el gato se escapó, seguido por el niño, cuyas pequeñas patas regordetas brillaban a la luz del sol, y cuya cabeza revuelta de rulos dorados era como una estrella de esperanza para los espectadores. Cuando desapareció entre los arbustos más cercanos, la mujer tiró de la manga del hombre.

—Nuestro bebé —dijo en voz baja.

—Sí, Susan, es así —respondió él, y le rodeó el cuello con un gran brazo de una manera que no le desagradó.

Ninguno de los dos era joven y el matrimonio había llegado tarde en la vida; porque la fortuna apenas se había ocupado del hombre, de modo que no había podido tomarla por esposa en los primeros días. Sin embargo, había esperado y, por fin, había alcanzado la suficiencia, de modo que al final se unieron en la tranquila felicidad de la mediana edad. Luego había llegado el niño, y con su llegada un toque de algo parecido a una alegría apasionada se había infiltrado en sus vidas.

Es cierto que había una hipoteca sobre la finca y había que pagar los intereses; pero él era fuerte, excepcionalmente, y luego estaba el chico. Más tarde tendría edad suficiente para echar una mano; aunque Abram tenía la secreta esperanza de que antes de ese momento tendría la hipoteca liquidada y quedaría libre de todas sus ganancias.

Permanecieron juntos un rato más, y así, al cabo de un momento, el niño salió corriendo de los arbustos. Era evidente que debió de haberse caído, porque sus rodillas estaban manchadas de arcilla. Corrió hacia ellos y extendió su mano izquierda, en la que se clavaba una espina, pero no hizo ningún movimiento para pedir simpatía, porque, ¿no era un hombre? ¡O sea, cada centímetro de su cuerpecito de cuatro años! Su intensa hombría se comprenderá mejor cuando le explique que ese día se le habían dado pantalones.

Su padre le arrancó la espina de la mano, mientras su madre le quitó un poco de arcilla; pero estaba mojado, y decidió dejarlo hasta que se hubiera secado un poco.

—Vuelve a ponerte los pantalones cortos —amenazó su madre; por lo que el rostro del hombrecillo mostró una comprensión de la gravedad de la amenaza.

—¡No! ¡No! ¡No! —suplicó, y levantó hacia ella una mirada cautivadora de peligrosos ojos de bebé.

Entonces su madre, como otras mujeres, lo tomó en sus brazos y lo único que lamentó fue no poder acercarlo más.

Abram, su padre, los miró y sintió que Dios no lo había tratado mal.

Tres días después, el niño yacía muerto.

Había aparecido una hinchazón alrededor del lugar donde había pinchado la espina y el niño se quejaba de dolores en la mano y el brazo. Su madre, pensando poco en el asunto en un país donde la mala salud es la regla, le había aplicado un cataplasma, pero sin producir alivio. Hacia el final del segundo día se hizo evidente para ella que el niño padecía algo más allá de su conocimiento o suposición, y lo había llevado a médico, a una distancia de cuarenta millas; pero en vano.

II

Abram había cavado la diminuta tumba al pie de una pequeña colina, y ahora estaba apoyado en su pala, esperando lo que su esposa había ido a buscar. No miró ni a la derecha ni a la izquierda; se quedó allí como una efigie de dolor pétreo, y de esta manera no vio la figura de un hombrecillo con un traje negro, oxidado, que había llegado a la cima de la colina unos cinco minutos antes.

En ese momento, Susan salió de la parte trasera de la choza y caminó rápidamente hacia la tumba. Al ver lo que llevaba, el hombrecillo de la colina se puso de pie rápidamente y asomó la cabeza, calva y reluciente, al sol. La mujer llegó a la tumba, permaneció un instante indecisa, luego se inclinó y depositó suavemente su carga en el lugar preparado.

Luego, después de una larga mirada a la pequeña forma, se hizo a un lado unos pasos y volvió la cara. Ante eso, Abram se inclinó y tomó una palada de tierra, con la intención de llenar la tumba; pero en ese momento le llegó la voz del extraño y miró hacia arriba. El hombrecito calvo se había acercado a unos metros de la tumba. En una mano llevaba su sombrero, mientras que en la otra sostenía un libro pequeño y muy gastado.

—No, amigo mío —dijo, hablando despacio—, no hagas que el cuerpo del niño se vaya sin elogiar Todopoderoso. ¿Me permites que lea el servicio a los muertos?

Abram miró al viejecito extraño durante un breve espacio de tiempo y no dijo una palabra; luego miró hacia donde estaba su esposa, y asintió en silencio.

Ante eso, el anciano se arrodilló junto a la tumba y, susurrando sobre las páginas de su libro, encontró el lugar. Comenzó a leer con voz firme. A la primera palabra, Abram se quedó allí apoyado en su pala; pero su esposa corrió hacia adelante y cayó de rodillas cerca del anciano.

Y así, por un momento solemne, no hubo sonido más que la voz envejecida. Luego extendió su mano a la tierra junto a la tumba y, tomando algunos granos, los soltó sobre el muerto, encomendando el espíritu del niño a los Brazos Eternos.

Y así, en poco tiempo, había terminado.

Cuando todo terminó, el anciano extendió las manos sobre la diminuta tumba como si invocara una bendición. Después de un momento habló; pero tan bajo que los que estaban cerca apenas le oyeron:

—Pequeño —dijo en un susurro—, tal vez te encuentres con el mío en ese valle de los niños perdidos. Le dirás que estoy rezando por él, y tal vez Dios le permita a este viejo pecador volver a acercarse.

Y después de eso se arrodilló, como si estuviera rezando. En poco tiempo se puso de pie y, extendiendo las manos, levantó a la mujer de sus rodillas. Entonces, por primera vez, habló:

—Creo que nunca volverá a verme —dijo con una voz tranquila, sin tono y sin lágrimas.

El anciano la miró a la cara y, habiendo visto mucho dolor, supo algo de lo que ella sufría. Tomó una de sus manos frías entre las suyas, viejas y marchitas, con un extraño gesto de reverencia.

—No tenga amargura, señora —dijo—. Sé que ahora os falta el poder de decir: Ahí está el Señor, y el Señor se ha marchado; Bendito sea el Nombre de nuestro Señor, pero no se preocupe. El pequeño tierno está con Él.

Mientras hablaba, inconscientemente le acariciaba la mano, como para consolarla. Sin embargo, la mujer permaneció con los ojos secos y los rasgos rígidos; de modo que el anciano, al ver su necesidad, le pidió que se sentara mientras él le contaba un cuento.

—Ya lo sabrás —comenzó él cuando ella se sentó—. Me doy cuenta de cuánto duele. Yo

también perdí al mío.

Se detuvo un momento y los ojos de la mujer se volvieron hacia él con el primer despertar de interés.

—Estaba diciendo —continuó—. No parecía capaz de seguir adelante con mis asuntos. No comía, no dormía. Entonces, una noche, cuando estaba tratando de descansar un poco antes de que llegara la mañana, escuché una Voz que decía en mi oído: A menos que se conviertan en niños pequeños, no entrarán en el Reino de los Cielos. Pero esto no me quitó la amargura, ni alivió mi dolor. Luego, otra vez la Voz, y otra, una y otra vez.

»—Señor —grité—, supongo que el mayor de nosotros es solo un niño a tus ojos.

»Pero otra vez la Voz que había en mí tembló, y me senté en la cama, clamando al Señor:

»—¡Señor, no me saques del Reino!

»Pero algo sucedió. Algo en mí se rompió, y yo era un niño solitario, y toda la amargura desapareció de mí. Entonces dije las palabras que no me habían salido de los labios a causa de la amargura de mi obstinada creación: Bendito sea el Nombre del Señor.

»Y la Voz volvió a hablar otra vez, pero más suave.

—¡Mira! —decía—, tu arte se ha vuelto como una de esas pequeñas semillas que contemplan el rostro del Padre. Mira ahora con los ojos de un niño, y ellos contemplarán el Lugar de los Pequeños, el valle donde tal vez encuentre a sus hijos perdidos. Conozca al pueblo pequeño a quien el Señor no envía al Valle de la Sombra, sino al Valle de la Luz.

»E inmediatamente miré y vi a través de los troncos de la parte de atrás de la chabola. Pude ver la llanura, un inmenso campo entre la noche, poderoso, repentino. Estaba mirando hacia el interior de un gran valle iluminado y brillante. En todas partes había flores que parecían brillar por su propia voluntad, y arroyos corriendo y cantando como canarios. Y todos los valles rodeados de grandes acantilados parecían estar hechos de nada más que poderosos muros de piedra lunar; ya que reflejaban la luz a pesar de que las lunas estaban durmiendo detrás de ellos.

»Después de un rato eché un vistazo hacia arriba, entre el cielo y el valle, y luego miré hacia un gran sendero: cientos y cientos de millas de noche a cada lado; pero el cielo sobre el valle era el más hermoso de todos; porque había siete soles en él, cada uno de un color diferente, y un tinte suave, como si hubiera una niebla a su alrededor.

»Y, en ese momento, miré hacia el interior del valle; porque no había visto la mitad de lo que allí había, y noté un grupo de niños que dormía bajo una gran flor. Distinguí una multitud de ellos. No tenían alas, pero supongo que no serían necesarias.

El anciano se detuvo un momento, como para meditar sobre este punto. Seguía acariciando la mano de la mujer y ella, quizás por el magnetismo de su simpatía, lloraba en silencio.

En un momento reanudó:

—Después de descubrir a los chiquillos vi que no había ningún acantilado al final del valle a mi izquierda. Me pareció que un poderoso muro de sombras se hacía escarcha de un lado a otro. Estaba mirando fijamente y preguntándome, cuando una voz susurró en voz baja en mi oído: El valle de la sombra de la muerte, y supe que llegaría al Valle de los Niños Perdidos.

»Durante un rato me quedé mirando, y luego me pareció que podía ver sombras de hombres adultos y mujeres en la oscuridad del Valle de la Muerte, y parecían estar tanteando; pero allá en el Valle de la Luz, algunos de los niños se habían despertado, y estaban jugando, y la luz de los siete soles los cubría y los alegraba.

»Y un poco más tarde vi a un ángel durmiendo a la sombra de un árbol cubierto de flores. Me pareció que me miraba también; pero no estoy seguro, porque su rostro estaba escondido por una rama. Ahora, sin embargo, ella se despertó y comenzó a jugar con algunos otros. Alcé mi voz y grité, pero no me escuchó.

»¡Supongo que me sentí poderoso como para derramar lágrimas!

»Y entonces, de repente, se desvaneció y desapareció, y yo quedé solo en medio de la noche. Me sentí como en un laberinto, dolorido. Entonces oí a la Voz que decía: Si, aun siendo traviesos, le das obsequios a tus hijos, cuánto más su Padre, que está en todas las cosas buenas.

»Y al momento siguiente me encontré en mi cama, no a plena luz del día.

—Debió ser un sueño —dijo Abram.

El anciano negó con la cabeza y, en el silencio que siguió, la mujer habló:

—¿Lo has visto desde entonces?

—No, señora —respondió—; pero tengo la pista que me ha dado la Voz, y desde entonces no le he pedido al Padre volver a visitar el Valle de los Niños Perdidos.

La mujer se puso de pie.

—Supongo que rezaré para visitarlo —dijo simplemente.

El anciano asintió y, volviéndose, hizo un gesto con la mano marchita hacia el Oeste, donde el sol se estaba hundiendo.

—A ellos les importa una muerte —dijo lentamente; luego, con repentina energía—. Te digo que no habrá puesta de sol, jamás; los malditos no te contarán la vida en el más allá. Ese cielo color sangre es nuestro estandarte de la noche y la Muerte; pero se está desenvolviendo la bandera del amanecer y la vida en alguna otra parte.

Y con eso lo puso de pie, su viejo rostro resplandecía con la luz moribunda.

—Debo irme —dijo.

Y aunque lo presionaron para que pasara la noche, rechazó todas las súplicas.

—No —dijo en voz baja—. Su voz me ha llamado, y debo irme.

Se volvió y se quitó el viejo sombrero ante la mujer. Por un momento se quedó así, mirando su rostro manchado de lágrimas. Luego, de repente, estiró un brazo y señaló el día que desaparecía.

—La noche y el dolor y la muerte sobrevienen a sus seres; pero en el Valle de los Niños Perdidos hay luz y alegría y una vida eterna.

La mujer, cansada de dolor, lo miró con muy poca esperanza en sus ojos.

—Supongo que somos demasiado viejos para el Valle de los Niños Perdidos —dijo lentamente.

El anciano la agarró del brazo. Su voz resonó con convicción:

—A menos que te conviertas en una niña pequeña, no entrarás en el Reino de los Cielos.

La sacudió levemente, como para imprimirle algún significado. Una luz repentina apareció en sus ojos apagados.

—Quieres decir... —gritó y se detuvo, incapaz de formular su pensamiento.

—Sí —dijo en voz alta y triunfante—. Supongo que somos niños a la vista de Dios.

Se apartó de ella y se arrodilló junto a la tumba.

—Señor —murmuró—, algunos de nosotros, a través de la amarga terquedad, vagan por el Valle de las Sombras; pero ellos, humildes, no encuentran sombra en el valle, sino luz, en su alegría perdida de la comida infantil, que es el estado natural de su alma. Supongo, Señor, que le mostrarás a esta mujer toda la bondad de tu ser, y la llevarás al Valle de los Niños Perdidos.

Luego, todavía de rodillas, gritó:

—¡Escucha!

Y todos escucharon; pero el granjero y su esposa sólo oyeron un gemido lejano, como el grito del viento nocturno que se levanta.

El anciano se apresuró a ponerse de pie.

—Debo irme —dijo—. Su Voz me está llamando.

Se puso el sombrero.

—Hasta que nos encontremos en el valle —gritó, y se alejó de ellos hacia el crepúsculo circundante.

III

Veinte años habían sumado su cuenta a la Eternidad, y Abram y su esposa, Susan, habían llegado a la vejez. Los años apenas se habían ocupado de los dos, y el desastre los eclipsaba en forma de ejecuciones hipotecarias; porque Abram no había podido liquidar la hipoteca y, últimamente, los intereses habían caído en mora.

Llegó una época amarga de ahorrar y raspar, y de una dieta baja; pero todo fue en vano. La ejecución hipotecaria se llevó a cabo, y cierta mañana marcó el comienzo del día en que Abram y Susan se quedaron sin hogar.

La encontró, poco después del amanecer, arrodillada ante la antigua prensa. Tenía abierto el cajón más bajo y un pequeño montón de ropa llenaba su regazo. Había un guernsey diminuto, un zapato pequeño, un par de pantalones de niño pequeño, y las rodillas estaban manchadas de arcilla. Luego, con un aire lloroso de virilidad, una camisa hecha con muñequeras abotonadas, pero la mujer no miró nada de todo esto. Su mirada, atravesando lágrimas a medio derramar, estaba fija en algo que sostenía con el brazo extendido. Era un par de tiradores diminutos, tan terriblemente pequeños, tan inconfundiblemente el orgullo de algún bebé varonil, ¡y tan poco

gastados!

Durante medio minuto, Abram no dijo una palabra. Su rostro se había vuelto muy severo y áspero durante el estrés de esos veinte años de lucha contra la pobreza; sin embargo, una cierta mirada acerada se desvaneció de sus ojos cuando notó lo que sostenía su esposa.

La mujer no lo había visto ni escuchado sus pasos; de modo que, inconsciente de su presencia, siguió sujetando los tiradores. El hombre captó el reflejo de su rostro en un pequeño espejo con marco de oropel, vio sus lágrimas y, de repente, sus duros rasgos se estremecieron, a tal punto que se volvieron casi grotescos.

El temblor se desvaneció y su rostro recuperó su antigua expresión de hierro. Probablemente lo habría retenido si la mujer, con un repentino y extraordinario gesto de desesperanza, no hubiera arrugado los diminutos tiradores.

Se inclinó hacia adelante casi sobre su rostro, y sus viejos nudillos se marcaron por la tensión que ejercía sobre lo que sostenía. Unos segundos de silencio vinieron y se fueron; luego un sollozo salió de ella, y comenzó a arrodillarse, desolada.

En el rostro del hombre volvió a aparecer ese estremecimiento tembloroso, ya que emociones desacostumbradas delataban su existencia; extendió una mano, que temblaba con un anhelo medio consciente, hacia un extremo de los tiradores que colgaban detrás del cuello de la mujer y se balanceaban mientras ella se mecía. De repente, pareció tomar posesión de sí mismo y retrocedió en silencio. Calmó su rostro y, haciendo un ruido con los pies, se acercó a donde su esposa estaba arrodillada. Puso una mano grande y arrugada sobre su hombro.

—¿Recuerdas aquello del Valle de los Niños Perdidos? —dijo en voz baja, con la intención de hacer que su memoria lo recordara.

—¡Sí! ¡Sí! —jadeó ella entre sollozos—. Pero...— se interrumpió, tendiéndole los tiradores.

Como respuesta, el hombre le dio unas palmaditas en el hombro, y así pasó un tiempo hasta que ella se calmó.

Un poco después salió un asunto que tenía que atender. Mientras él estaba fuera, ella recogió apresuradamente las pequeñas prendas en un chal, y cuando él regresó, la prensa estaba cerrada, y todo lo que vio fue un pequeño bulto que ella sostenía celosamente en una mano.

Partieron poco antes del mediodía, habiendo visitado solos y juntos un pequeño montículo al pie de la colina. La tarde los vio al borde de un gran bosque. Esa noche

durmieron en sus afueras, y al día siguiente entraron en sus sombras.

Durante todo ese día caminaron con paso firme. Tenían que recorrer muchos kilómetros antes de llegar a su destino: la choza de un pariente lejano en el que esperaban encontrar refugio temporal. Dos veces mientras avanzaban, Susan había hablado con su marido para que se detuviera y escuchara; pero él declaró que no escuchaba nada.

—Sonaba como un canto —explicó ella.

Esa noche acamparon en el corazón del bosque, y Abram encendió una gran hoguera, en parte para calentarse, pero más para ahuyentar a cualquier cosa maligna que pudiera acechar entre las sombras.

Hicieron una cena frugal con las pobres cosas que habían traído con ellos, aunque Susan declaró que no tenía ganas de comer y, de hecho, parecía terriblemente cansada. Entonces, justo cuando estaba a punto de acostarse, le gritó a Abram que escuchara.

—Cantan —declaró—. Millones de voces de chiquillos.

Sin embargo, su esposo no escuchó nada más que el susurro de los árboles entre sí, mientras el viento de la noche los sacudía.

Durante la mayor parte de una hora después de eso, ella se estuvo alerta, pero no escuchó más sonidos, y así, volviendo al cansancio, se durmió. Abram la siguió.

Algún tiempo después ella se despertó sobresaltada. Se sentó y miró a su alrededor, con la sensación de que había habido un sonido donde ahora todo estaba en silencio. Se dio cuenta de que el fuego se había reducido a un montículo apagado de un rojo brillante. Luego le vino una vez más un sonido de niños cantando, las voces de una nación de pequeños.

Se volvió y miró a su izquierda, y se dio cuenta de que todo el bosque de ese lado estaba lleno de una luz suave. Se levantó y avanzó unos pasos y, a medida que avanzaba, el canto se hizo más fuerte y dulce. De repente, hizo una pausa; porque justo a sus pies había un vasto valle. Ella lo supo al instante. Era el Valle de los Niños Perdidos.

A diferencia del anciano, ella notó menos de sus bellezas que el hecho de que contemplaba el concurso más enorme de niños que se pueda concebir.

—¡Mi bebé! ¡Mi bebé! —murmuró para sí misma, y su mirada recorrió hambrienta ese ejército inconcebible.

En el mismo instante le pareció que el lado en el que se encontraba era menos empinado. Dio un paso adelante y comenzó a bajar. Había llegado a la mitad del fondo del valle cuando un niño pequeño salió corriendo de la sombra de un arbusto justo delante de ella.

—¡Hijo! —gritó—. ¡Hijo!

Se volvió y corrió hacia ella, riendo alegremente. Él saltó a sus brazos, y así pasó un momento de extraordinaria alegría. En ese instante, ella lo soltó y le pidió que se apartara.

—¡Espera! —dijo—: ¡No has crecido ni un poco!

Dejó su paquete en el suelo y comenzó a deshacerlo.

—Supongo que todavía te irán bien —murmuró, y levantó los pantalones para que él los viera; pero el chico no mostró ningún interés en tomarlos.

Ella le tendió la mano, pero él huyó de ella. Luego corrió tras él, llevando consigo los pantalones. Sin embargo, no pudo atraparlo, porque él la eludió con una agilidad y facilidad de elfo.

—No, no, no —gritó con mucha pasión de júbilo.

Ella dejó de perseguirlo y se detuvo con las manos en las caderas.

—¡Ven aquí, de inmediato! —llamó en un tono de mando—. ¡Ven!

Pero el bebé elfo estaba de un humor extraño y la desobedeció de una manera que la hizo regocijarse de ser su madre.

—¡Trata de alcanzarme!

Él corrió por la mitad restante de la pendiente hacia el valle, y ella lo siguió, y así llegó a un país donde no hay pantalones, donde la juventud existe y la vejez no.

IV

Cuando Abram se despertó temprano en la mañana, estaba helado y rígido; porque durante la noche se había quitado la chaqueta y la había extendido sobre la figura de su esposa dormida.

Se levantó en silencio, pensando en dejarla dormir hasta que hubiera vuelto a

encender el fuego.

En ese momento tenía preparada una cazuela de té humeante para ella y se acercó a despertarla; pero ella no se despertó, siendo perseguida en ese momento por un bebé regordete en el Valle de los Niños Perdidos.